

LAS INYECCIONES SUBCUTANEAS DE OXIGENO

(Carta del Dr. D. Vergara Lope).

Cuernavaca, junio 18 de 1929.

Sr. Dr. Rafael Silva.

Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Apartado No. 517.—México, D. F.

Muy distinguido señor compañero:

Seguramente que usted y varios de mis muy estimables consocios se han de haber enterado de que, en la prensa diaria de mayor circulación en esa Capital, se han publicado varios artículos relativos a las inyecciones subcutáneas de oxígeno puro, presentando este recurso terapéutico, como “un descubrimiento de actualidad y maravilloso, hecho por el doctor Varela.”

Con el fin de que se publique en nuestra “Gaceta” y para que en la historia de nuestra terapéutica nacional, ocupen el lugar que les corresponde, tanto lo que es realmente nacional como lo que de otros países nos viene, debo llamar la atención refiriendo aquí, que, ante esta misma H. Academia de Medicina, en la sesión del 8 de octubre de 1913, tuve el honor de presentar una memoria sobre este asunto, la que se encuentra publicada en el número 1—TomoIX—1914. Pág. 23.

En esa memoria se verá, que se citan como las primeras inyecciones de oxígeno practicadas con un fin terapéutico, las hechas por el Español, doctor Domine, de Valencia, en los primeros años del siglo actual.

Estudiando los trabajos publicados por varios autores, y entre ellos la monografía del doctor Déroze, de París, aparece, que el origen de tal

procedimiento, debe remontarse a mediados del siglo XIX, y que fué en Francia, en donde ha sido estudiado y aplicado con mayor frecuencia en un principio y abandonado después; abandono de que se lamenta el doctor Déroze, quien refiere que en Alemania, por el contrario, se usa desde aquel entonces con toda frecuencia y brillantes resultados.

Así pues, no se trata, ni de un descubrimiento de actualidad, ni mucho menos se debe al doctor Varela; quien supo de las aplicaciones que yo hice en 1912 y de las que dí cuenta a esta Academia; y aún tuvo hace pocos años alguna conversación conmigo, preguntándome sobre los resultados que yo obtuve en aquella época.

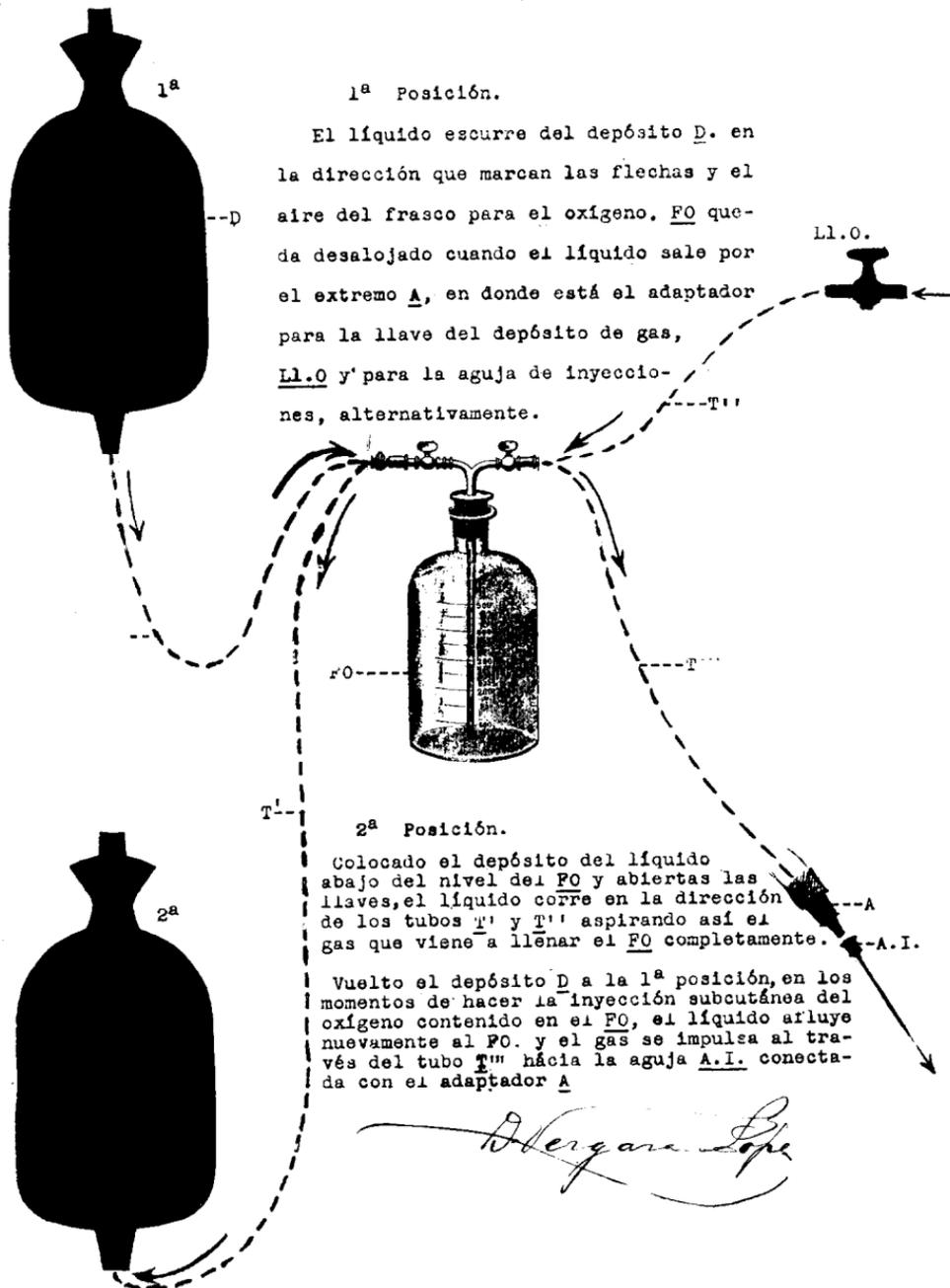
Lo que si me parece un hecho, es, que antes de la Memoria mía ya citada y de las primeras aplicaciones que yo practiqué, no se había hecho nada en México, y yo quedaré muy satisfecho de que entre mis HH. Consocios, haya alguien que se ocupe de precisar, si realmente las aplicaciones que yo hice del método fueron las primeras en México, o no les corresponde tampoco ese puesto.

Lo que aquí yo puedo decir, es que mi trabajo causó novedad, que fué muy bien recibido y que recuerdo todavía las encomiosas consideraciones del señor doctor Francisco Hurtado.

No debo repetir aquí lo expuesto en aquel escrito, sobre la historia del procedimiento, acción fisiológica, aplicaciones, etc., deseo ahora citar solo dos casos de los más notables que yo he podido observar en mi práctica.

Sea el primero, el que obtuve en un enfermo de bronconeumonía, precisamente por el año de 1913; se trataba de un anciano octogenario, cliente del señor Doctor Gregorio Mendizábal, quien seguramente podría recordar el suceso. El enfermo vivía en la 1a. calle de Velázquez de León y era propietario del Baño de San Rafael; mi domicilio se encontraba poco más lejos de una calle, y fue esta circunstancia, unida a las de la gravedad suma del caso y la hora en que se presentó el accidente, (a la media noche) lo que ocasionó que se recurriera a mi violentamente y se me presentara la oportunidad para inyectar el oxígeno una vez más; pues había ya practicado varias inyecciones entre mis propios clientes.

A mi llegada encontré al pobre anciano tendido en el suelo, cerca de su propia cama; sus hijos no se habían atrevido a tocarlo temiendo acelerar su fin, y su aspecto era ya el de un cadáver. Un atascamiento formidable obliteraba los bronquios, el enfermo presentaba un color cianótico a un grado alarmantísimo, el pulso apenas se percibía, la con-



D. Vergara Lope

ciencia estaba perdida enteramente. Se impuso proceder con la mayor rapidez, lo que felizmente pudo hacerse todavía oportunamente, inyectando 500 c.c. de oxígeno, sin llegar ni a moverlo del lugar en que yacía.

Pocos minutos después, abrió lentamente los ojos, se fijó inmediatamente en mí dándome las gracias y estrechando débilmente mi mano. A los 20 minutos sentado junto a la cama en ancho sillón, platicaba sin fatiga y pude separarme de su lado ya tranquilo, rogando que al día siguiente se le diera parte de todo lo sucedido al señor doctor Mendizábal. El anciano sometido al régimen de este ameritado facultativo sanó por completo sin haber necesitado nueva inyección de oxígeno, y después de cuatro años murió en Oaxaca de enfermedad totalmente distinta a la que originó mi intervención en la forma dicha.

El segundo caso que quiero relatar a ustedes es en mucho semejante al que acabamos de ver y de fecha enteramente reciente, pues data del 5 de febrero de este año.

Un caballero alemán, de 77 años de edad, que ha sufrido ya varias neumonías y pleuro neumonías que le han dejado adherencias permanentes y bronquitis crónica; desde hace cuatro años, y por prescripción de su médico, el doctor Pachensteher, pasa los meses últimos y primeros de cada año en Cuernavaca, huyendo del excesivo frío y buscando la mayor presión barométrica; alojándose durante cada temporada en mi Sanatorio Particular.

Después de haber pasado una tarde en un jardín hasta hora relativamente avanzada, conforme a su costumbre, pasó la noche inquieto, con tos, seguramente con alguna reacción febril, y por sí mismo limitóse a tomar alguna medicina sedante; pero pasando el medio día, hizo que se me llamara con suma urgencia mandándome decir que se estaba asfixiando.

Efectivamente una exacerbación de la bronquitis, dando lugar a una abundante secreción mucosa, densa, adherente y coincidiendo con debilidad general muy marcada, originó un atascamiento formidable de los conductos aéreos; la gravedad del estado asfíxico aumentó por momentos. "Se ahogaba", así decía este pobre enfermo con plena conciencia de su estado.

A los pasos de mi consultorio y teniendo siempre lleno y listo en todas sus partes el frasco que uso yo para el objeto, procedí rápidamente a poner una inyección de 500 c.c. de oxígeno en el tejido celular subcutáneo del flanco derecho y obtuve casi inmediatamente los excelentes resultados que es tan frecuente ver en casos semejantes.

A la inyección de oxígeno fue preciso asociar otras tónicas y expectorantes; el aceite alcanforado, la esparteina asociada con la estricnina, la Gaiarsina, etc. permitieron curarlo de su bronquitis, y actualmente se encuentra en la ciudad de México y dispuesto a volver a invernar en Cuernavaca como en todos los años anteriores.

En cuanto al aparato que yo uso actualmente debo decir asimismo unas cuantas palabras, siempre recordando que en el trabajo del médico francés, doctor Déroze, se encuentra la descripción de la mayor parte de los usados entonces; la que me sirvió para arreglar yo mismo el que tanto me sirvió durante varios años y que tuve el honor de presentar y demostrar su funcionamiento ante esta misma Academia, en el ya citado mes de octubre de 1913.

El que ahora estoy usando y que me presta sus servicios desde hace algunos años, se ve en la lámina que acompaña este escrito, la que con las explicaciones que lleva al lado del dibujo me dispensa de hacer aquí otras más amplias aún. Como se ve consta simplemente de un frasco graduado, el mismo que usamos diariamente para practicar las inyecciones de suero fisiológico y otros líquidos; de dos tubos que lo ponen en relación con un depósito de agua esterilizada, o simplemente filtrada y adicionada con pequeña cantidad de formalina; de este depósito, regularmente constituido por el de un irrigador de cualquier material; y del depósito de gas, que puede ser un cilindro de oxígeno comprimido a alta presión (que se encuentra en los almacenes) o la conocida bolsa que sirve para conducir dicho gas a la cabecera de los pacientes. El líquido sirve como se ve, alternativamente como propulsor o aspirador del gas, según que se trata de llenar el frasco graduado con el gas o expulsar éste hacia la aguja hipodérmica; según el momento de la operación.

Este sencillísimo aparato funciona con absoluta precisión y facilidad, no necesita de ayudantes especiales, es como sabemos todos muy poco costoso, se encuentra casi siempre en los consultorios, se pueden graduar con él, tanto la rapidez del escurrimiento al hacer la inyección como la cantidad que del gas se debe introducir bajo la piel.

Existe entre nosotros, en la plaza de México, el aparato del doctor Lesieur, cuyo agente en nuestro país es el señor J. de Olloqui; de sencillo manejo, podríamos calificar de perfecto, sino fuera porque su precio, \$250.00, no permitirá siempre su adquisición. El costo del aparato tan sencillo que va aquí descrito, no llega ni a \$5.00, y para la vulgarización del método y lograr sus magníficos resultados con un medio tan sencillo y poco costoso, importa muchísimo tener en cuenta esta última cua-

lidad; que permitirá llevar más fácilmente recurso tan heróico a la **cabecera** de mayor número de pacientes.

Agradeciendo mucho a usted, señor Presidente, que tenga la **bondad** de dar cuenta en el seno de nuestra I. Academia de Medicina con **esta** modesta comunicación, me es grato repetirme como siempre, de **usted** afectísimo compañero y amigo. S. S.

D. VERGARA LOPE.